

Se casó, pero a los días empezó una relación oculta con el chico que le arreglaba la PC: “Me sacaba el aire”

13/06/2026



ay que alejarse, **de lejos se ve todo.**

“A mí me cambió la vida esta historia. Me hizo replantearme todo lo que pensaba de lo que era estar con alguien. Creía que tenía que cumplir con todos los requisitos y en realidad **me enamoré de un pibe que no tenía nada que ver con mi pasado:** era re hombre, re macho, con olor a chivo, pero tan potro que, de verdad, me sacaba el aire”, comienza Sol exhalando libertad.

A los 30 años, Sol creía que ya no había tiempo. Llevaba cinco años de novia con Néstor, convivían, habían comprado un departamento juntos y **todos a su alrededor parecían avanzar hacia el mismo destino:** casarse, tener hijos, formar una

familia.

Ella también quería eso. O, al menos, estaba convencida de que debía quererlo. **“Estaba obsesionada, desesperada por casarme”**, reconoce. “Todas mis amigas se casaban y yo sentía que me estaba quedando afuera”.

Néstor era inteligente, correcto, de buena familia, profesional, educado. Para Sol con eso ya estaba. “Es él”, se repetía, “No hay, no me merezco otra cosa mejor que esto, ya está”, justificaba, sin tomar conciencia de lo poco que se valoraba a sí misma. Néstor era el hombre ideal para mostrarle al mundo y eso era suficiente. El problema era otro: no lo deseaba. **“Nos llevábamos pésimo**. Discutíamos todo el tiempo. Y sexualmente era un desastre. Pero pensaba que eso no importaba tanto. Creía que si cumplía con todos los requisitos, **entonces tenía que conformarme”**.



Convencida de que el casamiento era el paso que debía dar, Sol organizó cada detalle de la boda. (Foto ilustrativa generada con IA).

Durante años insistió con el casamiento: **“Nos matábamos por este tema**, era insoportable, y la verdad no sé por qué me quería casar; era re Susanita”, admite. Hasta que, agotado, él

aceptó. “Le puse un chumbo en la cabeza y dijo ‘Okey’”, relata como si estuviera en su propio stand up. Pusieron fecha de ahí a seis meses: diciembre de 2000. **“Forzadísimo”**.

Organizó todo sola: el salón, la ceremonia, el vestido, la fiesta. Sol es toda linda: esas mujeres orquesta que hacen todo bien, desde vestirse hasta poner la mesa. Tenía un exitoso estudio jurídico, viajaba constantemente por trabajo y ganaba muy bien. Desde afuera, parecía segura y realizada. “Venía muy embalada con la boda, feliz porque finalmente me iba a casar. Todo hermoso”, cuenta y, de pronto, hace una reflexión tardía. La reflexión: **“Como que yo me quería casar con el casamiento, no con él, sino con la idea”**. Pero algo adentro empezaba a romperse.

Entonces apareció él. Una tarde de lluvia, Sol llamó a un técnico para arreglar un problema en la computadora de la oficina. Ella llegaría más tarde al bufete y sus empleadas tenían la orden de abrirle al técnico. “Abro la puerta de la oficina y veo un tipo de 1,90, todo empapado con un piloto sentado arreglando mi computadora. Una cosa hermosa, un ser... **No te puedo explicar lo que era. ¡Era muy lindo!** Mis empleadas estaban todas así”, relata dejando caer su mandíbula, imitando el gesto de fascinación. Quedaron todas alucinadas. Sol también.

Se llamaba Mauro. Tenía cinco años menos que ella, venía de un ámbito completamente distinto y trabajaba haciendo soporte técnico freelance. Había sido modelo de joven y todavía conservaba ese magnetismo imposible de ignorar. Sol sintió algo instantáneo. Un golpe físico. “Fue un flechazo. Me acuerdo que cerré la puerta de mi despacho y pensé: **‘No puedo creer lo que me pasa con este tipo’**”.

El “tipo” empezó a ir seguido al estudio porque tenían que instalar Internet, y el trabajo se extendió durante semanas que, luego, se convirtieron en meses. **“Mis empleadas estaban bobas, y yo también”**. Mauro se quedaba hasta tarde arreglando

cables, configurando computadoras, solucionando problemas técnicos. Las chicas se iban y ellos quedaban solos hasta altas horas de la noche. La vocecita interior de Sol la taladraba: **“Qué lindo este pibe y qué miedo que me guste tanto alguien: ¡Me estoy por casar con otra persona!”**

Charlaban durante horas. “Había mucha seducción”. Ella le contaba que se estaba por casar. Él le hablaba de su hija chiquita, de su matrimonio “infeliz” y de la vida que sentía que no había elegido. Eran de dos planetas y clases sociales opuestas, pero qué sabe la atracción de eso. **“Había una tensión tremenda. El aire se cortaba con tijera”**.

Sol hacía un esfuerzo desesperado por mantenerse fiel. Cada vez que Mauro se iba, sentía ganas de correr detrás suyo. “Me acuerdo una vez que él se fue, y yo cerré la puerta y dije, **‘Abro de nuevo y me lo chapo’**. Tuve que hacer fuerza para no volver a abrir la puerta, ¿entendés? Lo miraba irse por la mirilla”, relata con el deseo encendido de aquel momento. **“Era como estar a dieta y tener la torta adelante**. Tenía que hacer fuerza física para no abrir la puerta y chapármelo”, cuenta con una gracia que la hace única.



Durante meses resistió el impulso de acercarse a Mauro. (Foto

ilustrativa generada con IA).

Sol era joven y se sentía en su plenitud: “Yo era una diosa. Tenía un lomazo, o sea, era una bomba. Entonces, si yo hacía así –indica chasqueando los dedos–, me lo chapaba. No me costaba nada eso”, resume con juventud. “Además, era muy seductora. Ahora soy otra persona, una señora grande, pero en ese momento era muy sexy, y cada vez que él venía me ponía todo apretando”, describe aquellas épocas intensas. **“Tengo que ser fiel, tengo que ser fiel, tengo que ser fiel”**, insistía su mente como un mantra. El rezo funcionó y no pasó nada. Así transcurrieron esos seis meses ardidados, y ahora sólo faltaban semanas para su “tan ansiado” casamiento. **“Sufrió mucho porque estaba loca con él, re enamorada”**, dice, y sola se corrige: “Caliente, no enamorada”.

El día del “Sí” llegó. Y Sol logró mantenerse “invicta”. Vestida de novia, del brazo de su padre, atravesó las puertas de la iglesia y tuvo un pensamiento brutal atravesándole el cuerpo. “Dije: **‘¿Qué estoy haciendo?’**”, relata separando en seco cada palabra de su pregunta existencial. Mientras caminaba hacia el altar, se retaba en silencio: **“Me estoy casando con alguien que no me gusta. Me gusta otra persona. Esto está mal”**. Pero siguió avanzando. “Sol, bancátela, no podés salir corriendo. Esto es lo que elegiste vos. Rompiste las pelotas cinco años que te querías casar”, le susurraba su costado racional, mientras su lado más compasivo la consolaba: “Le debe pasar a todo el mundo”. Sol lo recuerda a la perfección: esos pasos desfilando rumbo a su futuro marido se volvieron eternos: **“Había insistido tanto con casarme que sentía que ya no podía arrepentirme”**.

La fiesta fue enorme. Soñada. Perfecta. Como Sol. Que simulaba su blanca felicidad bailando alocada con su vestido de María Pryor, la diseñadora del momento. Esa noche, cuando todos se fueron, Sol lloró a mares. **“Sentía que me había arruinado la vida a mí y a él”**. Pero cuando su madre la vio tan desconsolada, Sol fingió argumentando que estaba sensible

“porque no se merecía tanta felicidad”.

La luna de miel tampoco ayudó. “En Tailandia todas las parejas están en modo romántico, a los besos, chapando y yo con Néstor nada. **La pasé muy mal**”. Discutían todo el tiempo y Sol no podía dejar de pensar en Mauro. El paraíso tiene más de “con quién” que de “dónde”. Volvió de viaje todavía más confundida.



Vestida de novia y del brazo de su padre, iba hacia el altar mientras se preguntaba: “¿Qué estoy haciendo?”. (Foto ilustrativa generada con IA).

Y entonces pasó algo que terminó de romper todas sus defensas. A las dos semanas de volver de la luna de miel, Sol y su flamante marido viajaron a Estados Unidos por el trabajo de Néstor. Mientras los hombres tenían sus compromisos laborales, ella compartía tiempo con las esposas de los colegas. Y, entre esas mujeres que recién conocía, empezó a escuchar historias de infidelidades, amantes y matrimonios que sobrevivían pese a todo. “**Todas habían cagado a los maridos, todas**”, dice categórica. Y empezó a pensar que no estaba tan loca: “Para mí ser infiel era algo imposible, no existía dentro de mi universo. Pero escucharlas me hizo entender que **la vida real era mucho más compleja de lo que yo creía**”. Se le abrió un

mundo.

Paralelamente, Sol empezó a tejer tramas en su cabeza: “Me agarró un odio enorme con Néstor y tenía la fantasía de que era gay”, sorprende hablando del hombre con quien eligió casarse. Sus rasgos suaves y meticulosos contrastaban directamente con el técnico de las computadoras: “Mauro era todo re macho, con la remera sucia, el pelo desprolijo. **Entonces me obsesioné que a Néstor le gustaba un tipo del laburo**”. Es más fácil echar culpas fuera que afrontar nuestros demonios.

Cuando Sol regresó a Buenos Aires dijo: “Chau, basta, quiero disfrutar”. Y llamó al “técnico de sus sueños” con cualquier excusa. “Me puse una remera toda apretada de María Vázquez y un pantalón de cuero que me quedaba espectacular, con unos tacos gigantes, provocativa mal”, declara. Había arreglado la escena para la ocasión: “Hice todo para que caiga tarde. **‘Necesito que vengas a última hora’**, le dije, para que las chicas se vayan y quedarme sola con él”, se delata.

La primera vez que se besaron fue en la cocina de la oficina. Mauro la miró fijo y le dijo: “Esos pantalones te quedan increíbles”. Sol sonrió. **“Vos hablás mucho y no hacés nada”**. Mauro la agarró de la cintura y la besó apasionadamente. “Fue una locura”, despliega ella. “Yo estaba completamente tomada por él”. Esa noche el técnico se fue rápido porque era el cumpleaños de su esposa. Y Sol volvió a casa donde la esperaba quien era su marido hacía tres meses.



Lo que comenzó con una visita técnica terminó convirtiéndose en una pasión imposible de ignorar. (Foto ilustrativa generada con IA).

A partir de ahí comenzaron una relación clandestina, salvaje y adictiva. Pasaban horas hablando por teléfono. “A un nivel que yo salía de mi oficina, bajaba y daba vueltas a la manzana con el celular en la mano para hablar con él”, explica que lo hacía para poder escucharlo sin que nadie sospechara. “**¿Viste cuando todo lo de la otra persona te encanta?**”, cuestiona estirando la primera “a” de la última palabra. Mauro le tocaba canciones con la guitarra. Hablaban de música, de cine, de libros. “Nunca había conectado así con alguien”. Sobre todo, Mauro le tocaba el alma.

Los encuentros eran difíciles. Los dos estaban casados. Los dos tenían miedo. Se veían en hoteles alejados o en un departamento prestado, casi vacío, donde apenas había un colchón en el piso. “**Yo venía de un molde súper estructurado y él era totalmente distinto.** Me pasaba a buscar con un Falcon. Un tipo desaliñado, libre, caótico. Y eso me volvía loca”. ¿Quiénes seríamos si no tuviéramos miedo?

La pasión era tan intensa que Sol empezó a sentirse consumida.

Y también culpable. Cuándo no. **“Estaba obsesionada con que se me notaba”**, se desahoga. “Me sentía en una novela de Dostoievski”, cita en mención a “Crimen y castigo”, trama que se centra en la intensa culpa, el delirio y la redención del protagonista. Cada vez que su marido viajaba por trabajo, Sol entraba en pánico pensando que podía pasarle algo. “Sentía que Dios me iba a castigar por lo que estaba haciendo”. Vivía pendiente de accidentes, vuelos demorados y llamadas inesperadas. Cualquier demora de Néstor la aterraba. Pero aun así no podía dejar de ver a Mauro. “Era como una droga”.

Sol existía en permanente contradicción. **“Cuando él estaba al lado mío, sentía que me quemaba el cuerpo”**, dice frenética. Como si no supiera que esas chispas entre ellos podrían incendiar todo a su alrededor. “Su llamado diario empezó a ser mi oxígeno para vivir. Hablar con él por teléfono, era lo que me daba la felicidad de la vida”, grafica y le brillan los ojos. Entre llamados eternos, encuentros robados y promesas imposibles, Sol empezó a imaginar otra vida. Una distinta. Más verdadera.



Años después, Sol entendió que aquella historia llegó para mostrarle que vivía una vida que no la hacía feliz. (Foto

ilustrativa generada con IA).

Hasta que un día, sin mucho protocolo, Mauro frenó todo. “Nos vamos a estrellar con un camión con acoplado contra una pared. Vos nunca vas a dejar tu vida por alguien como yo, y yo no puedo destruir mi familia”, disparó y la cortó. **La relación duró cerca de un año.**

Sol sintió que se moría. “No podía respirar. Pensé que no iba a poder sobrevivir a ese dolor”. La tristeza era absoluta. Le dolía el futuro, eso que había imaginado y que ya no podría ser. Aunque tiempo después volvieron a verse, algo se había quebrado. “Yo ya sentía menos amor”, reconoce, sin darse cuenta de que fue un amor que ella se inventó.

Él siguió con su familia. Ella empezó a entender que esa historia no era un destino, sino una revelación. **“No era él. Era lo que despertó en mí”**. Porque por primera vez había entendido algo fundamental: podía enamorarse de alguien completamente distinto a lo que siempre había creído necesitar. “Pensaba que el amor era encontrar a un hombre que cumpliera ítems. Y él me enseñó que el deseo, la admiración y la conexión no entran en ninguna lista”.

Ahí fue ella la que decidió cortar con Mauro. Poco después terminó separándose de su marido. Hay decisiones que necesitamos tomar para asumir las verdaderas decisiones.

Porque Mauro no fue el amor de su vida. Fue el hombre que le mostró que estaba viviendo la vida equivocada. Y hoy Sol está segura de que aquella historia vino a dejarle una gran enseñanza: **“A veces uno cree que está buscando una persona, cuando en realidad está buscando sentirse vivo otra vez”**.

Quizás no se trate de encontrar a alguien mejor, sino de volver al primer amor de tu vida: vos.

Amores Verdaderos es una serie de historias reales, contadas por sus protagonistas a TN. En algunas de ellas, los nombres

serán cambiados para proteger su identidad y las fotos, ilustrativas.

Fuente: TN